

DIOS EN NUESTRO TIEMPO

CONSIDERACIONES GENERALES

Hace más de cien años, Dostoievsky escribió: la cuestión decisiva es si un hombre culto de nuestro tiempo puede seguir creyendo que Jesucristo es Dios.

La pregunta, con algunas matizaciones, es en 1982 la siguiente: ¿Puede el hombre de hoy, cualquier hombre seguir creyendo en Dios?

No es mi propósito hacer un estudio teológico ni filosófico y sí, tan sólo unas reflexiones de un hombre, uno más, de los que vivimos el momento histórico presente que considera que la respuesta a tal pregunta es una exigencia, la más importante, que un ser, que presume de racional, debe contestar. Para ello no vale la postura cómoda de no querer plantearse y, mucho menos, la del desinterés o la mera negación sin un previo examen de la cuestión, y de la que representa, no sólo desde el punto de vista trascendente, sino, del aquí y ahora de toda la humanidad y de cada hombre. Tampoco sirve el mimetismo de unas frases o unas posturas por muy científicas que parezcan, sin analizar, debidamente, su alcance a la vista de la experiencia y de los modernos conocimientos.

Es necesario, también, tener en cuenta que no puede bastar una muestra estadística, por muy importante que sea, que nos hable de los creyentes que hay en el mundo o de cómo aumenta o disminuye el número de los mismos. Si Dios existe de nada valen los argumentos o los datos y si no existe tampoco. Hay una cuestión previa que todos debemos tener presente: a Dios hay que acercarse de un modo especial y con un conocimiento de tipo específico y es a través de la fe y ello en nada obstaculiza que la razón lo acepte y examine, al igual que puede hacer con cualquier otro objeto de conocimiento, que exige su propia metodología.

En toda la historia de la humanidad el hecho religioso y la existencia de Dios han sido consustanciales al hombre para reconocerlo, para negarlo,

para ignorarlo y hasta para atacarlo. Nuestro tiempo no es ajeno a esa realidad y no es mi propósito recoger en unas cuartillas un tema «infinito» como es el de Dios. No voy a analizar ni adoptar posturas sobre la teología dialéctica de K. Barth; de la interpretación existencial de R. Bultmann, de la filosofía trascendental de K. Rahner; de la fenomenología a la praxis de E. Schillebeeckx o de la opción por la realidad de H. Kung.

Mi posición es mucho más simple. Pienso que a Dios puede acercarse el pintor y reflejarlo con su maravilloso arte. Puede convertirlo en notas expresivas de extraordinarias composiciones el músico para ser interpretadas. Puede crear maravillas arquitectónicas para alojarlo como el arquitecto o el ingeniero. Puede hacer portentosas representaciones artesanales el joyero, el vidriero o el ceramista. Puede el intelectual plantear las grandes cuestiones doctrinales sobre su existencia y su esencia. Pero puede y debe sobre todo, estar al alcance de tí y de mí, de cualquiera que quiera acercarse y conocerlo con el corazón abierto y el alma pronta a una respuesta positiva de fe, esperanza y amor. Esa fue la postura que adoptaron un pequeño grupo de pescadores que «llamados» por el Hijo de un modesto carpintero dijeron Sí y han realizado la más maravillosa aventura de la historia, que perdura a pesar de los tiempos y de las circunstancias. Y que también ahora, sólo con la «palabra» y el testimonio permanente de la creencia en Dios, puede mantenerse con todo lo que ello significa, sí, pero sin armas nucleares, ni guerras, ni los grandes medios de que el Estado dispone.

Hay otro aspecto previo que creo necesario plantear. Si como católico tengo mis propias convicciones y trato de ser coherente con ellas, no puedo dejar de tener en cuenta ese «gran misterio», uno más, de que un Dios que nos ama a todos haya permitido la existencia de otras religiones y manifestaciones de creencias. El Dios creador de Adán y Eva, padres comunes de todos los seres humanos, es como dice San Lucas, y reitera el Papa Juan Pablo II constantemente un Dios de Amor y su «infinita» Providencia tiene que haber previsto el derecho de todo ser humano que le corresponda en el amor, a estar en su presencia en el más allá. Tengo la convicción, en todo caso, de que como nos recuerda en el Evangelio, a quien más va a exigir es al que tuvo oportunidad de conocerlo y no quiso por intención u omisión.

LA MUERTE DE DIOS

En toda época de la que tengamos constancia la vivencia de Dios existe y lo que aparece más tarde es la problemática y el planteamiento

de su esencia y caracteres a través de la filosofía, la metafísica y principalmente la teología. El conocimiento de Dios y su existencia en el plano de la teoría es, pues, una etapa posterior de la historia, a la de la práctica de ceremonias y actos colectivos e individuales del hombre como ser histórico, para unirse en un momento dado y coexistir teoría y praxis religiosa. Es, pues, evidente que a medida que el hombre perfecciona su conocimiento, también se manifiesta en un mejor conocimiento de Dios.

En cada época, la situación se ha manifestado con caracteres propios en los que las posturas fundamentales se mantenían entre lo que podíamos llamarla creencia en la existencia de Dios, muy generalizada y el agnosticismo siendo muy escasa la posición atea como actitud doctrinal ampliamente seguida.

«La muerte de Dios» es una manifestación en la que recogiendo la frase de Nietzsche, aparece una nueva postura ante el tema. Ya no se trata de creer o aceptar la dificultad o imposibilidad de conocer a Dios, hay que suprimirlo. Más que de ateísmo se trata de antiteísmo. En un párrafo de San Juan Esteva de Sagreva se recoge perfectamente esta posición: «quienes no creen se limitan o viven de espaldas a Dios, pero los pensadores que mataron al Dios occidental sí creían». Es una actitud nueva, extraña y muy difícil de explicar pero cierta.

Hay una posición dialéctica de animosidad. Quizá haya podido influir en ello una reacción más que contra Dios, contra las religiones y más aún, contra las formas organizadas de la misma. Lo cierto es que el fenómeno existió y existe. Habría que añadir, en nuestro tiempo, una nueva actitud, el silencio sobre Dios. Se pretende no hablar del tema. Eludirlo. Evitarlo. Hay en ello más que el problema de la dificultad de alcanzarlo el propósito de que nos olvidamos de El y como consecuencia, la indiferencia.

Es evidente que la situación actual hay que contemplarla desde un momento histórico concreto: La ilustración. Entre 740 y 1800 aparece toda una serie de fenómenos que unidos no sólo configuran una época determinada de la historia sino que se proyectan hasta nuestros días: El elemento impulsor y decisivo es lo que denominamos el racionalismo al hacer del hombre-razón, la justificación de todo y su consecuencia, el positivismo.

Descartes, Galileo y Bacon son tres figuras representativas de la época. El hombre puede alcanzar todo con la razón y lo que no alcanza o no existe o no interesa. Pero lo que el hombre puede admitir por la razón es únicamente lo que pueda comprobar a través del conocimiento experimental. El hombre en su quehacer y utilizando al máximo sus aptitudes

puede penetrar en todo lo que sea susceptible de conocimiento sin limitación alguna. En ese mundo de la razón Dios no tiene sitio. El conocimiento «racional», la ciencia y la experiencia rompen toda relación entre ciencia y fe. Para conste, en la historia del hombre se dan las fases teológicas y metafísica y finalmente la positiva. Para él, es el final de un camino y después ya no hay más, pues el hombre ha alcanzado su plenitud... sin Dios.

El triunfalismo de toda esta época de la historia de la humanidad es realmente sorprendente. Y no puede extrañar. Los avances de la astronomía, de la física, de la química y de las nuevas ciencias o aspectos de las mismas ofrecen la maravilla de cómo el hombre puede avanzar permanentemente y sin límites. Es el momento del optimismo. La culminación, la llegada del hombre a la Luna después de alcanzar el espacio en el que Gagarin, el astronauta ruso, dirá que no encontró a Dios. ¿Lo buscaba? El siglo XX enterraba a Dios al que Nietzsche había matado años antes. Ahora ya nada se oponía a que el hombre creado y creador de la Tierra la hiciera como quisiera y sin Dios, que no existía, y había sido un acompañante en una época de ignorancia.

Al Teocentrismo, había sustituido el Antropocentrismo y a éste se unía el Cosmocentrismo. El Universo surge según la teoría, más admitida, a partir de la gran explosión *bing-bang*, ocurrida hace unos 15.000 ó 20.000 años. En él aparece más tarde la Tierra hace unos 9.000 años. En la Tierra en un largo proceso aparece la vida. Luego por evolución, las especies que van cambiando por la selección natural y las modificaciones genéticas y el entorno (*Darwin y Mendel*). Más tarde, hace unos 5 ó 15 millones de años los homínidos. Después el hombre al ponerse de pie por primera vez su primer antecesor, y que al liberar las manos siente la posibilidad de utilizarlas.

Es el final y el principio de un largo proceso. El hombre no sólo es capaz de utilizar lo que tiene a su alrededor. Tiene una capacidad más y si cabe superior, explicar la Creación sin necesidad de su Creador. Dios muerto, enterrado y eliminado. Es la culminación de lo que ni siquiera pensaron los pensadores de la Ilustración y tampoco los científicos que anticiparon el futuro. Ni Galileo, ni Darwin, ni Mendel dejaron nunca de creer en Dios y no pensaron que existiera oposición entre la ciencia y la fe. Fueron algunos de sus seguidores los que lo establecieron, afirmaron y defendieron la oposición y eliminaron a Dios.

Otro tanto ocurre en el microcosmos. Utilizando los métodos más modernos se logra encontrar la estructura del átomo y hasta la última

partícula es objeto de comprobación. La Física y la Química alcanzan puntos culminantes en la investigación y los elementos químicos y también su estructura permiten establecer a Einstein, Heisenberg, Monod y Plank y otros muchos las modernas teorías o sus puntos de partida. Así se continúa, hasta utilizar, a través de la energía contenida en el átomo, en su núcleo y en alguno de los átomos como el hidrógeno el más potente elemento de destrucción que el hombre podría haber imaginado.

En el conocimiento de la vida los biólogos han profundizado en la célula, en su estructura y en sus elementos. Su número, composición y diversidad son conocidos. Se penetra en el origen de la vida y del hombre y el estudio de los cromosomas, de los genes y de los ácidos nucleicos y de los nucleótidos perfilan los nuevos descubrimientos que nos acercan a la búsqueda de la solución definitiva. Si el hombre es una parte del Cosmos, y si éste está compuesto de átomos y aquél también, con la única particularidad frente al mundo inorgánico de la intervención del carbono, la Era de lo que denominó el Cosmocentrismo está ahí.

Veamos algunas consecuencias de esa rapidísima y panorámica visión de lo que la diosa razón nos ha proporcionado en cuanto a lo más importante de la Creación al eliminar a Dios, el *hombre*.

Y, ¿qué es el hombre...? He ahí algunas respuestas:

- Para los *materialistas-marxistas*: un trozo de materia organizada por azar y con necesidad (Jacques Monod).
- Para los *darwinistas*: el mono evolucionado.
- Para los *freudianos*: un mono falso y reprimido.
- Para los *existencialistas sartrianos*: una pasión inútil.
- Para *Nietzsche*: un mono orgulloso.
- Para los *estructuristas*: una idea ya caducada.
- Para algunos *teóricos políticos*: un lobo para el hombre (Hobbes).
- Para los *lorencianos*: un error cósmico.

¿Qué queda del pasado glorioso? Nada o casi nada.

El hombre creado por Dios a su imagen y semejanza. El ser más grandioso de la historia y del mundo después de El, también ha muerto o es una caricatura.

Primero la muerte de Dios, ahora la muerte del hombre.

Las consecuencias son trascendentales. Pero entrar en un análisis detallado constituiría otro tema de estudio: el del hombre sin Dios.

Las consecuencias a que nos han llevado todas estas posturas surgen que el conocimiento que ofrece cada ciencia es parcial, y debe con-

tentarse con dar respuestas limitadas en cuanto al objeto total, aunque pueden ser absolutas en lo propio ese saber específico. Sin embargo lo que se ha hecho es aplicar su conocimiento parcial para dar respuestas al todo. En cierto modo es como si el peluquero o el sastre trataran de precisar el «ser» del hombre.

Los biólogos, algunos biólogos han creado ya la sociobiología y desde ella resolver todos los problemas de la sociedad y por los biólogos. Así en una obra reciente el profesor Edward o Wilson dice que se trata de crear «una nueva moral y una nueva política sobre bases estrictamente biológicas». Por su parte Robert Trivent señala: «más pronto o más tarde, las ciencias políticas, el derecho, la economía, psicología, la psiquiatría y la antropología, serán sin excepción ramos de la sociobiología» y concluye «sólo los biólogos están preparados para guiar a la humanidad y revelarles el significado de la vida». Y para terminar estas citas recogeré dos muy significativas del profesor José Manuel Rodríguez Delgado sobre la psicogénesis. «Sus objetivos los del hombre del futuro han de ser universalmente aceptados, sin distinción de raza, ideología o cultura, y por ello sus bases han de ser biológicas y no políticas». «Karl Marx emplea la selección natural como la justificación científica para la lucha de clases...». La lucha no será entre clases sino por la conquista del saber y del hacer que beneficie a toda la Humanidad.

Perdón por lo extenso de las citas pero creo sin embargo que merece la pena pues muestran una cierta opinión en el mundo científico y es el querer dar respuesta al todo desde la parte, como ya hemos dicho.

Es indudable que se han producido muchas exageraciones. Lo es también que, sin negar lo realizado y la capacidad creadora, diría mejor descubridora del hombre, porque no ha creado nada, ha buscado y hallado, se hace necesario efectuar una reflexión seria, serena y libre para buscar la verdad. Desde la perspectiva de nuestro tiempo con el esfuerzo gigantesco realizado quizá no hayamos tenido ocasión de reflexionar por algún tiempo para obtener una valoración global de que es mucho conseguido pero también de lo que falta y de lo que es más importante, decirle al hombre lo que sabemos y lo que no sabemos y entre esto último reconocer que no podemos probar que Dios no existe.

Examinemos algunas cuestiones del momento actual que siendo fundamentales no tienen respuesta.

UNIVERSO

Aún admitiendo, como ya hemos indicado, la teoría más reconocida por los científicos de la gran explosión o bing-bang, de que el Universo conocido surge de una única bola de fuego uniforme y radiante que llenaba todo el espacio; que explotó y produjo el caos y desde el Cosmos, que significa el orden del Universo, produciéndose así la transformación más asombrosa de materia y energía conocida que ha dado lugar a esa maravilla de metagalaxias, galaxias y sistemas con miles de millones de estrellas, planetas, satélites, etc. Carl Sagan afirma que hay más estrellas que arenas en todas las playas del planeta Tierra, y en cuanto a cómo sucedió «es el misterio mayor que conocemos».

PRIMERA PREGUNTA

¿Quién creó esa única bola y el espacio?

La Tierra. «Nuestro hogar», nuestra madre Tierra, 40.000 kilómetros de circunferencia en una parte ínfima de ese Universo; formando parte del sistema solar; este de nuestra Galaxia «La Vía Láctea» y que para comprender su pequeñez entre las aproximadamente 400.000 millones de estrellas que componen la Vía Láctea no hay término de comparación posible. Decir que la Tierra es como una gota de agua en el mar sería insuficiente.

SEGUNDA PREGUNTA

No hay ni un solo dato que permita afirmar no sólo que no hay vida semejante a la de la Tierra en nuestro sistema solar, sino que no hay ningún tipo de vida. Tampoco lo hay para esperar que exista en el resto de la Galaxias y metagalaxias. Todas las conjeturas e hipótesis que se han hecho sosteniendo la posibilidad de vida son nuevas elucubraciones sin base científica alguna, y si tenemos en cuenta la distancia en años luz al resto del Universo de imposible comprobación como dice Fherembach.

Humildemente hay que reconocer pues, que en el fantástico Universo a que nos hemos referido con miles y miles de millones de estrellas, planetas, satélites, etc., hay una realidad única y diferente que es nuestro Planeta Tierra.

LA VIDA

Todos los biólogos evolucionistas coinciden en estimar que la vida surge como consecuencia de que en el caldo prebiótico (antes de la vida) hace miles de millones de años se introdujo una primera bacteria que dio origen a la vida y a partir de ese momento se inicia el lento desarrollo de los distintos seres que constituyen el mundo de las diversas especies a través del tiempo que aparecen y desaparecen o permanecen hasta nuestros días.

Lo que nadie ha podido explicar es cómo se produjo esa primera bacteria y las experiencias de Oparin, Milles y Oro no han logrado a pesar de todos los esfuerzos y medios técnicos reproducir el fenómeno. Dos párrafos de Carl Sagan son significativos. «*La vida es desde luego algo más que aminoácidos fabricando sus proteínas y sus nucleótidos fabricando sus ácidos nucleicos*». *Hasta ahora nadie ha mezclado los gases y las aguas de la tierra primitiva y ha conseguido que al finalizar el experimento saliera algo arrastrándose del tubo de ensayo*».

TERCERA PREGUNTA

En el momento actual del desarrollo científico conocemos perfectamente cuáles son los átomos que constituyen las moléculas de la vida pero nadie ha sido capaz de lograr producir la bacteria originaria de la vida ni nada similar, y mucho menos un ser completo.

EL HOMBRE

Sin pretender abarcar toda la problemática del evolucionismo, sí creemos necesario afirmar algunos puntos.

a) Aunque una gran mayoría de los científicos admiten la teoría evolucionista de Darwin con las aportaciones de Mendel y otros investigadores también hay quienes se oponen y hasta quienes *niegan su carácter científico* como Colin Patterson. Por su parte el filósofo Karl Popper afirma que «*no sería una auténtica teoría científica, puesto que no es posible refutarla de un modo directo a través de los hechos, se trataría de una especie de doctrina metafísica*». «*Una teoría, incluso una teoría científica puede llegar a convertirse en una moda intelectual, en un sucedáneo de religión, en una creencia dogmática*».

Incluso ha habido científicos como el zoólogo y geólogo de la Universidad de Reading L. B. Halstead que con motivo de una exposición en

el Museo británico le ha llamado «el museo de los errores» y afirmado que «Darwin ha muerto». Por su parte M. J. Hughes afirma *«que la teoría de la evolución no debe ser tomada como «verdadera» sino como una forma de interpretar los hechos entre otros muchos posibles».*

Hasta los Tribunales han intervenido en la polémica entre evolucionistas y creacionistas como ocurrió en los Estados Unidos en 1925 en que llegó al Tribunal Supremo de Tennessee y que ha continuado hasta nuestros días e incluso se ha reavivado la lucha y ha alcanzado tal trascendencia, que el propio Presidente de los Estados Unidos, Reagan en su campaña electoral se ha hecho eco de la cuestión afirmando: *«El evolucionismo no es más que una teoría científica, tan falible a ojos de la comunidad científica como cualquiera de las en otros tiempos sostenidas y hoy abandonadas. En cualquier caso, si se toma la decisión de enseñarla en las escuelas, creo que también debería enseñarse allí el relato bíblico de la Creación».*

b) Que en todo caso la Iglesia ya se ha manifestado sobre la cuestión y Pío XII en la Encíclica «*Humani Generis*» afirmó «... la Fe no prohíbe aceptar la posibilidad de que la evolución haya tenido parte en el origen del cuerpo humano».

CUARTA PREGUNTA

Sea cualquiera la postura que se adopte la pregunta es clara: ¿Quién dio al hombre esas características diferenciales respecto a los demás seres? Porque en esta cuestión, lo que nadie duda, es que el hombre es un ser perfectamente diferenciado de los demás y más que la suma de sus células y las reacciones físico-químicas de su organismo.

Una de las muchas manifestaciones de esta diferencia nos la da el cerebro humano ya que en él se aprecian unas características únicas y que no tienen igual en ningún otro ser. Señala José M.^a Macarulla, doctor en Ciencias Químicas y Bioquímica de la Universidad del País Vasco que cuando se trató de estudiar el cerebro humano, donde se supone que radica la inteligencia, comparándolo con el de otros primates y de otros mamíferos se pensó que el hombre tenía más cerebro. Nos ganaban el elefante y la ballena. Como eran más voluminosos se pensó que el hombre lo tenía proporcionalmente mayor, pero nos vencen el ratón y el colibrí. En cambio, se encontró un aspecto cualitativo que señala la escuela alemana de Spatz y es que se ganaba en la distribución de los lóbulos ya que la cisura de Rolando en el hombre era la mayor de todos los seres vivos.

Pero que en todo caso lo que está claro es que *«las características digamos espirituales se van imponiendo sobre las físicas, de modo que hoy día podríamos decir que las cualidades selectivas para la humanidad futura son la inteligencia, laboriosidad y generosidad. Y esto no es producto de la evolución como sostienen los emergentistas, pues dice Sir Jhon Eccles, premio Nobel de neurofisiología, «el emergentismo es simplemente un mito: es poner una etiqueta para designar algo que no se sabe explicar, una palabra para ocultar una ignorancia».*

Un dato más en este aspecto que contemplamos, es señalar que en estos momentos, el concepto de razas y el de diferencias raciales está sometido a revisión. Los estudios genéticos muestran que tan sólo entre el uno por ciento el tres por ciento de los genes que poseen determinados variantes en un grupo han sufrido sustitución por otras variantes en los otros grupos (Nai y Roychoudhung) afirman que sólo el color de la piel por la melanina es diferente. Por su parte Peter Farb señala: *«Las investigaciones biológicas modernas han confirmado que la unidad de la especie humana es mucho más profunda de lo que permiten creer a primera vista las diferencias aparentes de morfología física, de pigmentación de la piel, etc.».*

Y una última cuestión la unidad de la especie humana es compatible con la individualidad de cada hombre. A través de toda la historia cada hombre es un ser irrepetible y único. Hay también un dato que la ciencia no puede explicar. La Lofoscopia y dentro de ella la dactiloscopia nos demuestran que hay huellas dactilares que no se repiten jamás, ni entre los hermanos gemelos, y no se destruyen porque se reproducen e incluso se mantienen aunque traten de destruirse por cualquier medio.

Y al hablar del hombre nos queda lo más importante el alma. Aquí la respuesta viene acompañada del valor de un nombre y de su especialidad. Sir Jhon Eccles, ya citado anteriormente, premio Nobel de neurofisiología dice textualmente: *«La ciencia experimental nunca va a demostrar la existencia del alma humana, ni tampoco va a demostrar que no existe, ya que el alma espiritual no se puede someter a experimentos de laboratorio, a matemáticas, ni a medidas. Algo semejante sucede con la existencia de Dios» y afirmaba... que a él personalmente le parecía que había que admitir la existencia de un alma espiritual y por tanto inmortal» y «la existencia de un Dios creador de esa alma...» que era necesario admitirlo a base de razonamientos filosóficos... «que los avances de la ciencia son muy coherentes con esa postura espiritual y, en cambio, no compaginan con posturas de tipo materialista».*

Todas estas consideraciones nos llevan a una afirmación, el hombre está de vuelta y se vuelve a plantear su pregunta permanente de dónde viene y a dónde va y si Dios existe.

Como consecuencia los últimos siglos nos han producido de nuevo la duda que la ciencia no ha contestado y la razón sola tampoco ha resuelto.

DECEPCION

Como ha señalado Max Weber, ya a comienzos de este siglo se ha producido una especie de desencantamiento del mundo y del hombre por la ciencia. La razón es obvia. No es que la ciencia no haya alcanzado metas que habían constituido sueños y utopías para los hombres de ayer y parecían imposibles. Una mirada objetiva, limpia y realista permite abarcar las maravillas realizadas por el hombre en los últimos cien años y las perspectivas del futuro. En ellos se avanzó más que en miles de años anteriores. Lo que sin embargo se ha puesto a discusión, es que todo ese avance espectacular haya resuelto, y aún mejorado, la forma de vivir, es decir lo más importante, del hombre.

Hay que partir de que en los objetivos propuestos hubo un planteamiento principalmente hedonista, materialista. Se creyó, que la cuestión consistía en resolver el problema a través de una política de bienestar, que proporcionaría más bienes a un mayor número de personas hasta alcanzar a toda la Comunidad de nuestro planeta Tierra. La realidad ha sido triste, principalmente en estos últimos diez años. La crisis de la energía demostró, no sólo, que no era posible, sino algo más grave, que el hombre con toda su tecnología avanzada no era capaz de resolverlo. Más hambre, más paro, más desigualdad y, como telón de fondo, la posibilidad de una guerra nuclear, que pueda poner en peligro la propia existencia de vida en nuestro Planeta, y hasta su destrucción.

Todos los héroes y mitos creados se ponían en discusión y hasta los nuevos dioses y evasiones, como la droga y el sexo, están hoy en vías de superación, situándolos en su verdadera posición, y no en la forma en que han sido planteados. Como dice Juan Esteva Sagrera *«Los héroes del siglo XX han fracasado. No han traído el paraíso en la tierra ni han contribuido al nacimiento del hombre»*.

Es evidente que el hombre de nuestro tiempo está desorientado. Lo es también que necesita creer y tener ideas claras sobre el significado de su existencia. Pienso, que una de las características fundamentales que le caracterizan es la de constituir un «ser interrogante». Necesita respues-

tas y éstas tienen que ser en ocasiones totales a lo que es su esencia. Uno de los mayores errores de nuestra época, es la parcelación y parcialización que ha sufrido. Se lo han repartido en trozos y en lugar de examinar la parte y responder a ella, desde ella, se dio respuesta al todo desde la parte. Es imprescindible una tarea de reconstrucción, de totalización que abarque al hombre total. Desde esa perspectiva no se puede eludir la respuesta a lo trascendental, y ello aún por lo que no crean pues el que la admite exige respuesta a esa pregunta. Como dice Juan Pablo II reiteradamente es precisa «una ciencia del hombre» que comprenda al hombre en su totalidad: desde lo físico a lo sobrenatural.

El hombre sólo, desnudo, como en el Génesis, necesita ser vestido y no como algunos quieren o pretenden, sino como cada uno desea. No con las ideologías de moda, sino con la permanente y no se le puede contentar con sustitutivos.

CIENCIA Y FE

Una de las cuestiones que es preciso aclarar y dejar muy firmemente puesta en el frontal de nuestra época y defender con la mayor objetividad es determinar lo que constituye el ámbito de la ciencia y su alcance real. Hay que partir para ello de unas premisas:

- Campos de la ciencia.
- Sus limitaciones.
- Abusos.
- Relaciones con la fe.

AMBITO DE LA CIENCIA

Como dice el presidente de la Real Sociedad Española de Física, Carlos Sánchez del Río «*la ciencia es básicamente una descripción y no es una explicación...*». «*No responde a la pregunta del porqué. Responde únicamente a la pregunta del cómo...*» «*nosotros sólo analizamos y describimos*».

Ya hemos visto cómo el triunfalismo a que nos hemos referido con anterioridad pretendió fines que rebasan no sólo los propósitos de la ciencia sino que escapan las posibilidades de la propia metodología. Pretender, como se pretendió, que la ciencia diera respuesta a la existencia de Dios, del alma y de todo lo que es espiritual tan sólo pudo estar en el ánimo de algunos científicos. Pero es lo cierto que se ha utilizado con toda in-

tención para totalizar la vida humana y convertir en dogma lo que son otras verdaderas y para otros fines, por muy importantes que sean.

Como dice Christian Chabanis: *«el cientifismo se limitó al siglo XIX y principios del XX; no representa la historia de las ciencias a través de la historia humana que da cuenta de esa realidad»*. Por su parte Charles Feherenbach señala que *«el cientifismo está condenado por la propia evolución de la ciencia»*.

Hay que dar a la ciencia lo que es de la ciencia y a los demás saberes lo que les corresponde.

LIMITACIONES DE LA CIENCIA

Surgen de su objeto, del método y del conocimiento y dominio que se tenga.

No puede el científico, mejor dicho, no debe salirse del marco impuesto por el objeto del trabajo a realizar ni extrapolar los resultados obtenidos a otros contenidos que no constituyen su fin.

Debe aplicar el método o métodos exigidos por su propia actividad y saber valorar sus posibilidades, limitaciones y errores.

El resultado del saber científico impone, que el conocimiento debe alcanzar el máximo de posibilidades, pero teniendo en cuenta que los resultados han de ser contrastados para evitar consecuencias negativas para el conjunto de la humanidad.

Finalmente debe tener la humildad necesaria para saber que por ser científico su conocimiento debe admitir la posibilidad de ser refutado y superado y de que nieguen la validez de sus razonamientos. La historia de la humanidad es el mejor ejemplo de lo que tenemos que aceptar como posible. Einstein con la relatividad, Heisemberg con la incertidumbre y Monod con el azar son una muestra del buen hacer científico y de la profunda renovación de lo que hasta entonces se había admitido como válido.

El profesor Julio R. Villanueva dice al respecto: *«En estos momentos la mayoría de los científicos piensan que estamos en un estado en el cual hay que reflexionar»*.

ABUSOS DE LA CIENCIA

Una de las mayores preocupaciones de nuestra época tanto de los científicos, como de los políticos, filósofos y de la humanidad entera lo

constituye el posible abuso de los conocimientos obtenidos a través de la ciencia. Cualquiera que sea el campo en que nos movamos surgen voces de advertencia y hasta de angustia. La energía en todas sus manifestaciones, la genética, la química y sus aplicaciones, la física y sus investigaciones corren el riesgo de provocar situaciones irreversibles. En el párrafo anterior hablamos de la reflexión de los científicos, insistimos ahora.

Nada mejor para expresar esa preocupación que recoger un párrafo de Díaz Hochleitner: *«Otra de las razones por las que tenemos que estar temerosos es el abuso de la ciencia... se busca la verdad inserta en la complejidad infinita del mundo, con el trasfondo constante de la verdad absoluta; verdad absoluta frente a verdades relativas como lo son todas las verdades científicas. Estamos inmersos, hoy como nunca, en la infinitud de la complejidad, y por ello tenemos que pasar cuanto antes del simple análisis por el método científico, a una nueva síntesis».*

RELACIONES CON LA FE

No se trata, como es natural, de negar las diferencias que existen entre ciencia y fe tanto desde el punto de vista del objeto, como del método y del conocimiento. La cuestión es otra y muy importante, y es saber si existe oposición entre una y otra.

Es una realidad histórica y actual también, que hay quienes sostienen que existe un antagonismo entre la ciencia y la fe. Que ambos conocimientos son irreconciliables, o al menos, que no guardan la menor relación.

En los tiempos actuales tal postura es menos defendida y se abre camino, por el contrario, la afirmación de que no sólo no hay la menor oposición sino que son compatibles y en ocasiones complementarias.

Algunas citas son expresivas de esa nueva oposición. Christian Chabanis ya mencionado, y al que volveremos a citar dice: *«En la primer etapa cientifista hay una voluntad de mantener el antagonismo, de decir que hay dos verdades que no son complementarias ni tienen ningún punto de encuentro..., que ese antagonismo es irreductible. Esta fue sólo una etapa muy limitada en la historia».*

Por su parte Pascual Jordán señala: *«Todos los impedimentos, todos los muros que la ciencia había levantado para destruir el camino de acceso a la religión hoy han desaparecido».*

Finalmente ese gran Papa que es Juan Pablo II ha tenido ocasión de manifestarse en ese punto en muchas ocasiones y la última en su reciente viaje a España. En sus palabras, a los universitarios y a los investigadores

tuvo ocasión de decir: *«La Iglesia apoya la libertad de investigación que es uno de los atributos más nobles del hombre. A través de la búsqueda, el hombre llega a la verdad, uno de los nombres más hermosos que Dios se ha dado así mismo. Porque la Iglesia está convencida de que no puede haber contradicción entre la ciencia y la fe ya que toda realidad procede en última instancia de Dios creador»* y añadía: *«ciencia y fe representan dos órdenes de conocimiento distintos autónomos en sus procedimientos pero convergentes finalmente en el descubrimiento de la realidad integral que tiene su origen en Dios».*

Reconociendo sin embargo las realidades de otras épocas también dijo: *«Si en el pasado se produjeron serios desacuerdos o malentendidos entre los representantes de la ciencia y de la Iglesia, esas dificultades han sido hoy prácticamente superadas».*

DIOS NO HA MUERTO

Para los creyentes la existencia de Dios, en todo tiempo y también en la hora presente no le han planteado más dudas que las derivadas de la propia fe. He contemplado sorprendido y a veces dolorido el combate entablado contra Dios. Porque la realidad, es que jamás en la historia de la humanidad se ha librado una batalla contra El con tantos medios, y a veces, con tanta ferocidad como la habida en los últimos cien años.

En épocas anteriores ha habido enfrentamientos religiosos, herejías, luchas y tensiones, y hasta procedimientos coactivos contra los enemigos de la fe, que puedan merecer reproches contemplados desde nuestra perspectiva histórica.

Pero lo que se ha hecho y siguen haciendo con Dios no tiene parangón con ninguna otra época de la humanidad. El esfuerzo gigantesco para eliminarlo, utilizando todos los medios y técnicas existentes, ha sido puesto en funcionamiento y con un tesón y organización antes inimaginables. Serían necesarios muchos volúmenes para exponer todo lo ocurrido en el mundo, desde múltiples doctrinas e ideologías para explicarlo y que están en el ánimo de cualquier observador objetivo.

Se reprocha a veces al cristianismo la utilización de medios coactivos, a través de los poderes temporales y por los suyos propios y de haber realizado las campañas más intransigentes y hasta inhumanas en lo religioso, y hasta de los medios usados contra los discrepantes para obligarles a guardar la fe. Pero, sin pretender justificarlos, todo ello se queda casi en anécdota si lo comparamos con las medidas adoptadas con-

tra los creyentes en muchas zonas del mundo en que se ha llegado al exterminio de poblaciones enteras. Y, por si fuera poco, los modernos medios de comunicación y el poder de los Estados realizan claramente unas veces, y disfrazadamente otras, las campañas más amplias para eliminar a Dios y a la fe del corazón del hombre.

Creemos, sin embargo, que el momento actual nos ofrece la esperanza de que las cosas están cambiando. Frente a una posición de enfrentamiento claro y directo, se va abriendo lentamente una vía de diálogo. La esperanza puesta en que el problema desaparecería con la educación desde la infancia en el ateísmo científico y que los avances de la ciencia conducían a la eliminación del sentido religioso del hombre, han demostrado ser ineficaces. Si dirigimos la mirada a cualquier país del mundo y a cualquiera de las religiones observamos que no se produce una desaparición del hecho religioso. Acaso se le sustituye, se cambian las actitudes o se buscan nuevas formas de manifestarlo, pero lo que parece evidente es que nuestra época presenta un nuevo renacimiento que puede ser observado por todos.

Para buscar un ejemplo, que nadie puede ocultar y desconocer es suficiente, la constante muestra de religiosidad y de fe que nos muestran los millones de seres que de uno u otro modo participan en las visitas que realiza el Papa Juan Pablo II a los distintos países del mundo. Cualquiera que sea la ideología, el régimen político, el color de la piel y las circunstancias de las naciones visitadas, la respuesta es similar. Millones y millones de personas de todas las edades, condición social y nivel cultural han estado «fervorosamente» a su lado. No han importado los sacrificios, las molestias, las dificultades de todo tipo para impedir que el «pueblo de Dios» estuviera al lado del Papa. Y hay que poner de manifiesto, y es alentador, que salvo raras excepciones ha habido un profundo respeto entre los pertenecientes a otras religiones y hasta por los ateos y agnósticos, lo que es un signo más de esperanza en nuestra época.

Podíamos decir como síntesis, que ni la ciencia, ni el poder han podido con Dios y ahora se abre un nuevo camino, una nueva época y es la de la vuelta de Dios. Dios existe, Dios vive. Se trata como ayer, como hoy y como mañana de encontrarlo. Como dice José Antonio Sayes: *«El problema de Dios ha sido y sigue siendo el problema principal del hombre y de la filosofía»*.

Quizá merezca la pena, ahora, exponer algunos detalles que pueden reflejar la época en que vivimos y esa nueva postura de la búsqueda de Dios en la que el respeto y la libertad se van abriendo paso. Dos títulos

de dos obras del gran escritor francés, Andre Frossard, convertido al catolicismo, expresan el significado de la convocatoria al hombre de nuestro tiempo: «Dios existe y lo he encontrado» y «No tengas miedo».

Parece que, como respuesta a su planteamiento, podíamos hacer referencia a dos libros publicados por un compatriota suyo, Christian Chabanis, que ha publicado con dos sugestivos títulos: Dios existe NO y Dios existe SI. En ambos se planteaba a sabios no creyentes en el primero y creyentes en el segundo la pregunta sobre la existencia de Dios.

El propio escritor en una reunión celebrada en el Colegio Mayor Zurbarán entre intelectuales bajo el título de Ciencia y Cultura al Servicio del hombre nos resume las posturas de los dos grupos de científicos que fueron interrogados, y que sintetiza diciendo: que los no creyentes coincidieron en afirmar que su postura era personal y que su disciplina científica no les permitía decir que no y tampoco que sí. En cuanto a los creyentes la contestación era similar. No podemos decir SI en nombre de nuestra disciplina dados los límites de los mismos pero sí afirmamos personalmente que creemos en Dios. Quizá merezca la pena señalar que fue un sabio ateo Edgard Morin quien dio una respuesta, respuesta significativa de la situación del primer grupo en nuestra época. Respondió: «Sí, soy ateo, pero necesito precisar enseguida en qué sentido lo soy; me sitúo en un neoteísmo, y el neoteísmo dice lo siguiente: en primer lugar no hay actualmente personas, como antes, yo pensaba, que son más ridículos que los demás y que crean en Dios, mientras que yo no creo; y, en segundo lugar, he descubierto que todo hombre tiene una creencia (esto es el neoteísmo), incluso en nuestro mundo científico». El otro aspecto del neoteísmo es éste, con las propias palabras de Edgard Morin: «Tengo un profundo sentido del misterio». Y añade Christian Chabanis: «Este sentido profundo del misterio es el que impulsa al sabio creyente a querer ir hasta el fondo del interrogante que nace en él».

Y no puede extrañarnos esa situación que parece paradógica. El hombre necesita respuestas a todas sus interrogantes y entre ellas no sólo a lo que es, sino a dónde va y de dónde viene. En un análisis sobre la juventud el profesor José Luis L. Aranguren expresa en los siguientes párrafos la situación en nuestra época: «¿Extrañará pues —puede extrañar acaso— el retorno a la religión, una religión por supuesto completamente libre, aconfesional, heterodoxa, cuando no supersticiosa, muy vivida en la actualidad? No, no puede extrañar», y, añade: «Superstición, esoterismo, movimientos fundamentalistas y carismáticos, sectas, heterodoxias, recuperaciones rituales, entrega a lo sagrado salvaje y reencantamientos de la na-

turaleza, a los que acabamos de hacer referencia. Son muestras muy variadas a través de las cuales se manifiesta de forma innegable la vivencia religiosa de la juventud de los años ochenta recién estrenados».

Y es que cuando se suprime a Dios aparecen los mitos y así como dice Juan Cueto: «Los Beatles, Dylan, Los Rolling Stones, los líderes de la generación beat, el Che Guevara, Kennedy, Warchel, Mary Quant, las incontables figuras del rock que no cesa de sonar desde hace veinte años... han sido y son idolatrías de ámbito universal.

Ante la nueva situación no sólo la Iglesia Católica y las demás iglesias sino los estados y los organismos internacionales se han sentido en la necesidad de estudiar el problema religioso y adoptar posiciones ante el mismo.

Así el Consejo de Europa a través del Comité de Cooperación Cultural, y de uno de sus Comités del que fui Presidente, organizó un simposio en Lovaina del 18 al 23 de septiembre de 1972, para estudiar la cuestión de cómo se trataba el problema religioso en los manuales de historia. Asistieron representantes de Austria, Bélgica, Chipre, Dinamarca, República Federal de Alemania, Finlandia, Francia, Grecia, Santa Sede, Irlanda, Islandia, Italia, Luxemburgo, Malta, Holanda, Noruega, España, Suecia, Suiza, Turquía y el Reino Unido.

Se estudiaron diversas cuestiones de carácter histórico; se examinaron todos los libros de texto utilizados y en el espacio dedicado a la religión y la forma de tratar el tema en cada una de las Naciones. Creo que merece la pena recoger algunos datos y referencias de diversos aspectos de sociología, psicología, historia, filosofía y teología que se mantuvieron en los debates. Sirvan de muestra las siguientes afirmaciones de R. G. Parrinder, profesor de Historia comparada de las religiones de la Universidad de Londres.

«De alguna manera sutil, la mayor parte de los países de Europa Occidental y de América son religiosos y más aún cristianos consciente e inconscientemente».

«En 1972 los Estados comunistas son virtualmente creadores de una nueva religión. Presentan todas las características: escritos sagrados e infalibles, jefes divinizados, culto a los muertos; peregrinaciones, asambleas de masas, ortodoxia de iglesia, adoctrinamiento de jóvenes y escatología».

«El gran problema de Occidente actualmente es armonizar diversas doctrinas: el cristianismo, el marxismo y las religiones orientales».

«La religión como nosotros tratamos de mostrar interesa a la totalidad de la vida».

Pero el simposio no se conformó con hacer un análisis de la situación existente sino que con el acuerdo unánime de todos sus participantes adoptó una resolución sobre una política de futuro en relación con el tema de la religión. Los puntos fundamentales fueron los siguientes:

- a) Necesidad de una colaboración multidisciplinar de profesores de historia, de religión y de otras ciencias humanas.
- b) Que todos los países profundizaran en el estudio de los aspectos religiosos de sus comunidades.
- c) Que la religión es en todas las épocas un componente fundamental de la sociedad.
- d) Que el fenómeno religioso debe examinarse en todos sus aspectos.
- e) Que la cuestión religiosa ha desbordado siempre el ámbito propiamente religioso.
- f) Que los profesores deben explicar lo conocido y lo desconocido y no presentar una confesión como superior a otras y procurar exponer con objetividad la verdad histórica.
- g) Los autores de manuales de historia deben evitar los juicios de valor y no deben ser ni apologistas ni detractores.
- h) Debe actuarse con la mayor delicadeza al exponer el problema religioso.
- i) Se deben explicar los elementos comunes de las religiones en los respectivos países.
- j) Necesidad de evitar los errores en los textos que hagan referencia al problema religioso.
- k) Se deben realizar cursos de formación en materia religiosa al igual que se hace en las demás materias y celebrar reuniones sobre la formación científica y pedagógica.

Por su parte, en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano promulgada por las Naciones Unidas el 10 de diciembre de 1948 se reconoce expresamente la existencia del respeto a los derechos naturales del hombre en los artículos 2 y 4 y en el 10 se dice textualmente: *«Nadie debe ser inquietado por sus opiniones, incluso religiosas siempre que su manifestación no altere el orden público establecido por la Ley»*.

Por su parte en la declaración de los Derechos del Niño proclamada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 20 de noviembre de 1959 se reconoce la exigencia de que el niño pueda desarrollarse física, mental, moral espiritual y socialmente en el Principio 2; y que debe pro-

moverse su sentido de responsabilidad moral y social en el Principio 7. Ello constituye un derecho para los niños pero un deber para los Estados.

En numerosos Estados esa posición se recoge con toda claridad. En otros se abre camino con mayor o menor dificultad. Ahí están los ejemplos de Polonia, China y la URSS.

Por su parte la Constitución española de 1978 recoge con toda claridad esos principios al proclamar su artículo 10.2 que «*las normas relativas a los derechos fundamentales y a las libertades que la Constitución reconoce, se interpretaran de conformidad con la Declaración Universal de Derechos Humanos...*» y en el artículo 16.1, como derecho fundamental, la «*libertad religiosa y de culto de los individuos y las comunidades...*» por su parte el artículo 27, que regula el derecho a la educación recoge claramente que la misma «*tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana en el respeto a los principios democráticos de convivencia y a los derechos y libertades fundamentales*». Es evidente que con ello se reconoce expresamente el derecho de la comunidad a la educación religiosa por estar dentro del concepto de pleno desarrollo, para los que considerando el sentido trascendente del hombre, y por ser un derecho fundamental incluido en el artículo 16 y por tanto en el título I de la Constitución. Pero como lógica consecuencia constituye también un deber del Estado para quienes lo deseen. Ello implica poner todos los medios necesarios para que se realice la formación religiosa al igual que los demás aspectos para entrar en el concepto de la educación integral del hombre.

Aún admitiendo lo que hay de positivo en lo que antecede el silencio sobre Dios es evidente. Lo más que ha logrado es ser admitido a través de lo religioso, lo espiritual o lo moral. No se le cita para nada. El hombre de nuestro tiempo ha culminado toda una etapa histórica que va desde el Domingo de Ramos hasta la Crucifixión. Ahora, en la Resurrección, lo que hace es dejarlo solo. No importa, y puede ser positivo, pues no pretendió ser Rey en este mundo y por otra parte mantuvo que había que dar al César lo que le correspondía. Quizá los hombres no han correspondido generosamente dando a Dios lo que le pertenece.

En todo caso y como ya habíamos indicado anteriormente se ha mejorado bastante y el punto de partida es mucho mejor que en las últimas épocas inmediatamente precedentes, desde el siglo XVIII a nuestros días.

LA RESPUESTA HOY

En nuestro tiempo, como en el anterior y como en el mañana el hombre tiene que ser consciente de que la respuesta a la existencia de Dios le afecta personal y comunitariamente. Puede intentar no plantárselo pero en su interior aparecerá en cualquier momento la cuestión. Y debe responder. Pero la respuesta no puede ser desde la ignorancia o la aceptación de posturas por muy científicas que parezcan. Como ya hemos indicado. Hay que utilizar los medios de que estamos dotados. Nuestra inteligencia y nuestro sentido crítico no nos permiten las contestaciones que no sean objeto de un análisis que permita utilizar todos los recursos que poseemos para alcanzar la verdad. El camino que conduce a Dios y a la Verdad tiene que ser el mismo y no hay contraposición. Puede estar lleno de dificultades intelectuales pero lo que es evidente es que si Dios existe, existe a pesar de las apariencias que puedan ocultarlo y aun cuando todos los hombres lo desconociéramos o ignoráramos. Esto lo comprenden perfectamente las personas de fe. No sólo los que poseen una fe del «carbonero» sino los Santos y los intelectuales. Lo decía el gran físico Kepler «Nunca aprendí a ser hipócrita. La fe es para mí algo serio. No juego con ella» y lo repite Xavier Zubiri: «Y ponerse así mismo en Dios es la vida una y única en este mundo, desde el nacimiento y después de muerto, por toda la eternidad». Y con ellos a través de los tiempos millones de hombres y mujeres en todos los idiomas y de todos los colores han proclamado y proclaman su fe.

También hay en nuestra época Juanes, Pedros, Tomases y Pablos..., y Judas. Una de las mayores impresiones que uno encuentra al leer el Evangelio es su permanencia no sólo en la doctrina sino en el análisis psicológico de sus protagonistas. Parece como si para siempre se hubiera querido reflejar la humanidad entera.

El Evangelista San Juan. El amado y el más fiel. El que permanece al pie de la Cruz.

San Pedro, la roca sobre la que se levantara Su Iglesia y que comete el más grave de todos los pecados: negar a Dios.

El dubitativo Santo Tomás que no creyó en la Resurrección hasta que metió sus manos en las llagas.

El enemigo San Pablo, perseguidor y que deslumbrado pasa del anti-atéismo más absoluto a la entrega más completa.

Todos ellos son los Apóstoles y todos están con El.

Tan sólo uno no le acompañó en la Muerte y en la Resurrección, Judas y no porque Dios lo quisiera fue él quien no lo quiso.

Hay algo que parece evidente en el Evangelio. Sólo sé apartar los soberbios y los necios. Judas era de los primeros.

Pero en último lugar vale la pena recordar la anécdota que cuenta Heisemberg. Se trata de uno que acude a visitar a un amigo y observa que en la puerta tiene una herradura. Al preguntarle porqué, recibe como contestación: dicen que trae suerte. Al preguntarle si cree en esas cosas recibe una respuesta negativa pero añadiendo: En todo caso dicen que también da la suerte a los que no creen en ello. Esto es un supuesto extremo y no aplicado a los creyentes desde luego.

Pero sería suficiente mantener hoy que Dios existe. Es preciso que esa afirmación vaya acompañada de algo más. No pretendo abarcar todas las implicaciones que esa afirmación tiene pero sí hacer unas consideraciones que nacen de mi propia fe como católico y que tratan de presentar unas perspectivas de lo que representa el creer en la existencia de Dios.

— En primer lugar una cuestión de dignidad y de legítimo orgullo. Creer en Dios significa admitir haber sido creado por El a «*su imagen y semejanza*», (Génesis 1,27). No puede haber mayor dignidad en el mundo, si Dios existe, que el saber que participamos nada menos que de la semejanza con El y si bien de un modo limitado en cuanto en El se da la infinitud y en nosotros limitaciones. Nadie puede otorgar un título semejante. Ninguna potestad humana nos puede conceder otro tanto y por ningún medio o modo podemos llegar a más.

— En segundo lugar y completando lo anterior, la consideración de hijos de Dios (San Mateo, 5-9-45; San Lucas 6-35 y San Juan 1-13). La creación a su imagen y semejanza adquiere así una nueva dimensión. Cada uno de los hombres tiene en Dios al Padre y esa relación entre la infinitud del Padre y la limitación de los hijos refleja una proyección tal que tan sólo por analogía de la relación que tenemos con nuestros hijos puede ser vislumbrado.

— En tercer lugar. En cuanto somos hijos de Dios, somos herederos de El y coherederos con Cristo como dice San Pablo. Esta relación con Dios Padre y con Dios Hijo nos confiere no tan sólo la semejanza ya señalada, sino una nueva dimensión de participación en la Eternidad con pleno derecho al haber sido «adoptados» por la Voluntad Divina.

— En cuarto lugar. Que el hombre como ser histórico no tiene más posibilidad para alcanzar la Vida Eterna en el cielo que su conducta personal y comunitaria en la Tierra. En el mandato del Génesis de «*sometedla y dominadla*» hay dentro de la Infinitud del que manda y la limitación del destinatario del mandato la mayor amplitud y una inmensa tarea. No se ha

puesto ninguna traba al hombre para que en el camino de la búsqueda de la Verdad realice todo lo necesario para el ejercicio de ese dominio y el sometimiento al hombre de todo lo que Dios ha creado. Tan sólo lo que pueda afectar a la naturaleza de lo creado, su destrucción o deterioro constituye el límite de nuestro quehacer.

— En quinto lugar. Si bien Dios como persona Uno y Trino permanece con nosotros y en nosotros en la Eucaristía y con el Espíritu Santo, también permanece, y es fundamental tenerlo en cuenta, en cada «*otro hombre*». Cada hombre es otro Cristo y con la Gracia, Templo del Espíritu Santo y por consiguiente depositario de Dios. Por lo tanto lo que hagamos al otro es como si a El se lo hiciéramos. Y a ese «*otro*» no se le puede tratar con arreglo a criterios puramente humanos de justicia sino con el mandamiento máximo del Amor. Y no un amor cualquiera, incluso como a nosotros mismos nos amamos, sino como Cristo, Dios nos amó. Ahí se encuentra el gran mandato del Amor y con ello la Paz. Paz en vosotros.

En esa perspectiva las relaciones humanas adquieren una valoración que no tienen igual en ninguna norma establecida por el hombre por muy perfecta que sea.

Si en el otro viéramos de verdad al otro Cristo; si en el esposo o en la esposa, en los padres, en los hijos, en nuestros colaboradores y hasta en nuestros enemigos hiciéramos presente *que es*, a través de ellos donde hacemos realidad nuestro proyecto para la Tierra y después alcanzar el Cielo el que llamamos mundo sería otra cosa. Si practicáramos de verdad el mandamiento del Amor todo lo demás lo tendríamos por añadidura. Y no nos engañemos sobre esa trascendental cuestión; se celebrará el Juicio particular y Universal. Tuve hambre..., tuve sed..., estaba desnudo..., estaba enfermo..., estaba preso... Y al cual no podamos dar otra respuesta, y es en qué medida lo hemos realizado aquí en la Tierra con el otro y con los otros... amigos o enemigos.

Y concluyo con una copla que escuché al Orfeón Mirandés el día de la entrega de la Medalla de Oro de la provincia por la Excelentísima Diputación Provincial.

Peregrino de la vida
No temas la tempestad
Después de la noche oscura
Vuelve la claridad.

Eugenio LOPEZ Y LOPEZ

Fiscal Jefe de la Audiencia Territorial de Burgos